



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# SAN BLAS

Antonio José Sánchez Suárez



**SEGUNDO PREMIO 2011**

### Las Palmas, 3 de febrero de 1936

Ramón Suárez se levantó serenamente de la cama sin esperar a que el sueño volviera a adueñarse de él. Los llantos de la niña volvieron a llenar el dormitorio de inquietud y desasosiego. Ocho meses contemplaban su corta su vida, pero Ramón y su mujer María albergaban la sensación, desde que nació la cría, de que habían transcurrido ocho años con sus bisiestos. El padre exclamaba todas las noches: «¿de dónde sacará fuerza esa criatura?». Rafael, el primogénito, fue un niño manso e indolente, muy arropado por su madre y su abuela, madre de Ramón, experta en criaturas y enfermedades infantiles. Siete embarazos y cuatro abortos avalaban a Doña Juana. Aunque con la nena sus consejos caían en saco roto. «Ya verás que a los tres meses afloja los *becerrios*». Rosario ponía la fe de bautismo, Rosarito los parientes, aunque los padres se disgustaban cada vez que oían pronunciar dicho diminutivo. Recalcaban cada sílaba del nombre para dejar bien claro su descontento.

Esa mañana de febrero, todavía noche cerrada, Ramón sentía frío. Pensar que tenía que remojar su cuerpo, aún caliente del lecho, en una palangana algo oxidada que recogía agua de la pileta en el patio exterior de su humilde vivienda, le hacía dudar de la eficacia de la higiene matutina. Precisamente ese mismo día había madrugado con cierta antelación porque le había prometido a su mujer recoger en la iglesia de Santo Domingo, dentro del casco histórico del barrio de Vegueta, el cordón y la estampita de San Blas, protector de todas las enfermedades. Con dos críos, Rafael supurando mocos verdes desde el pasado año por sus diminutas fosas nasales y la niña regurgitando todas las tomas del los pechos de la parienta, eran suficiente motivo para hacer ese pequeño sacrificio.

Ramón bajaba todos los días desde su barrio natal, San Juan, hasta adentrarse en las vísceras de Vegueta, siendo su destino el tranvía de la populosa calle de Triana que lo llevaría hasta el bullicioso Puerto de la Luz de Las Palmas. San Juan, junto con San Roque, eran barrios *risqueros*. Llamábanse así por tener una topografía de laderas secas y escalonadas que albergaban casas muy modestas de piedras, cal y mortero. Compuestos por una masa de familias humildes, expulsadas por el hambre que crecía en el interior de la Isla desde hacía generaciones, estos riscos asomaban sobre el pedregoso barranco del Guinguada. Sus gentes, desde criados de señores con papada hasta pequeños jornaleros, artesanos, carpinteros, arrieros, repartían su oficio por toda la Capital.

Ramón, estatura media, brazos firmes, manos callosas (su profesión lo exigía), tez morena, era un hombre tenaz y voluntarioso en su trabajo. Tornero de profesión, algo reservado, no gustaba de inspirar debilidades. Cuando daba su palabra la consideraba hecho consumado. Ese día estaba preocupado porque la cola para recoger el cordón sagrado era larga y lenta. Las monjitas hacían lo que podían, pero seguía estancado

en el mismo sitio ante las puertas de la iglesia viendo cómo la luz matutina se estampaba en aquellas pequeñas casas de estilo colonial que albergaba la plazuela y daban nombre a la parroquia. «Seguramente llegaré tarde al trabajo y a *La Pepa* no le gusta mucho correr estos días de fresco», pensó Ramón.

Eran tiempos convulsos. La República se había instalado desde 1931, pero durante esos años el país acrecentó sus diferencias políticas y Canarias no era una excepción. La intransigencia era el denominador común entre las dos facciones más importantes: las derechas, representadas por gentes pudientes y grandes acaudalados, y las izquierdas, forjadas por proletarios y desamparados. Cada parte intentaba catequizar a la otra. Una derecha temía por la pérdida de sus privilegios y propiedades ante una izquierda revolucionaria, trituradora de evangelios pero confiada en transformar a la sociedad por completo.

Ramón se hallaba en una tesitura. Dentro de poco habría elecciones nacionales y en su puesto de trabajo, sus compañeros, con anhelo de socavar a sus patrones, requerían de su presencia como representante sindical. Todos eran optimistas. Sabían que el Frente Popular, la gran coalición de izquierdas, no sólo sería el ganador, sino que esta vez triunfaría su ansiada revolución. Él nunca había sentido la vorágine de la política ni de la revolución, solo deseaba asegurar a sus hijos un plato de comida. Era horrible escuchar a un niño llorar por hambre. Él tenía bastante experiencia. Manolo, su compañero de trabajo y compadre, consiguió convencerle de que había que rellenar, simplemente, unas listas *de ajuste para las elecciones*, afirmaba su compadre intentando persuadirle.

La espera le era insoportable. Estaba claro que llegaría tarde ese día. Eso significaba estar en casa con noche cerrada para recuperar las horas perdidas. Cuando le llegó el turno, la monjita que le atendía tenía una mirada seca y desagradable. Los ruegos de los feligreses ya le pesaban en el hábito. «¿Quieres el cordón y la imagen?». «Si madre, déjeme cuatro». «Son dos perras chicas y la voluntad, hijo». Ramón tanteó sus bolsillos, pensó en los poderes milagrosos del hilo blanco y rojo y soltó cuatro perras chicas en la palma estriada de la hermana. «Quizás tenga suerte y *La Pepa* se haya acordado de mí», imaginó Ramón.

«¡Cristiano, que se olvida las estampitas!», vociferó la parroquiana que le precedía. *La Pepa* lo ignoró ese día.

### **Las Palmas, 3 de febrero de 2009**

Sofía era una buena estudiante de Historia. Terminaba tercero ese año. Lo compaginaba con Derecho, otras de sus pasiones, estando más avanzada en esta carrera. La Historia siempre la fascinó desde muy pequeña. Su padre le regalaba libros con muchas ilustraciones. Relataban batallas de ejércitos extinguidos entre fenicios, griegos, romanos... Intrigas palaciegas, grandes personajes, héroes incruentos, villanos homicidas,

conjuras irrealizables... Aunque era de la generación del *punto-com*, los libros siempre le atraían por su intimidad. Eran ella, las palabras y su imaginación frente a frente. Esa mañana, a pesar de sentirse muy perezosa, no se dirigía a la Universidad de Las Palmas como siempre, sino que aguardaba a que la recogiese en coche su profesor de arqueología, Don Francisco Castellano. Hacía un mes había recibido la confirmación, por parte de la Comunidad Autónoma, de una beca de apoyo para unos trabajos de excavación arqueológica en el Pozo del Llano de Las Brujas, en Arucas. La madre de Sofía, Rosa, tenía plena confianza en su hija. Desde que empezó sus estudios en la Universidad no había pagado un duro por sus estudios. El buen rendimiento académico le bastaba para la reiterada asignación de becas. Había pasado una semana y sus manos, sus uñas, sus rodillas y su espalda soportaban las consecuencias del aprendizaje práctico del conocimiento arqueológico. El Pozo del Llano de las Brujas, situado en Montaña Blanca, junto con otros pozos de la Isla, eran llamados *pozos del olvido* debido al posible empleo como depósitos de cadáveres (ejecuciones sumarias en los primeros meses de la Guerra Civil). Castigo y represión al adversario. Republicanos, comunistas, sindicalistas..., adobado, además, por venganzas o envidias personales. Ambos bandos no se guardaron de practicarlas. Aunque Sofía ya conocía estos precedentes, la Historia Contemporánea le atraía con gran pasión. Para una joven de veintitrés años, su aparente lejanía casi le susurraba una violencia incomprensible, una cultura tosca ya erradicada.

De planta circular, el Pozo cubre un diámetro de cuatro metros, llegando a una profundidad de noventa; sin agua desde su perforación, ocultado por pequeños matorrales, vegetación autóctona y relieve irregular, atravesado por pequeños barrancos y laderas y limitado por muros de labrado y fincas. Tapiado desde los años cuarenta, había sido acondicionado para la prospección estos últimos meses a consecuencia de la labor realizada por la Asociación de familiares de Memoria Histórica. La ocupación de Sofía y sus compañeros empezó una vez concluidos los últimos preparativos de acondicionamiento y la aprobación de las autoridades. Realizaban su excavación a cincuenta y cinco metros de fosa y con cierta incertidumbre. Don Francisco, su mentor y director del proyecto, bromeaba con socarronería cada vez que sus becarios bajaban a las entrañas del Pozo. «¡Cuidado con las ratas, que van a las partes blandas!» A Sofía se le erizaba el vello pensando lo necio que podía ser. Ya habían quitado varias capas de tierra y cal evidenciando que allí iban a encontrar restos humanos. Pero inicialmente fueron localizados en el perímetro de la boca del pozo unos casquillos de nueve milímetros, una medalla religiosa y dos botones. Iban por buen camino y las caras de los miembros de la Asociación de Familiares reflejaban, a la misma vez, entusiasmo y aflicción. Todos deseaban concluir una espera de más de setenta años.

### **Miércoles de ceniza, 1936**

Ramón atribuía su buen talante en estos últimos meses a lo bien que le iba todo. Sus hijos disfrutaban de salud. Rafael, además de tener señaladas permanentemente las rodillas y codos que le imponía las laderas secas de San Juan, se le habían cortado las secreciones nasales. La tez pálida del niño había adquirido un bronceado primaveral. «Por fin has cogido color, hijo», decía María su madre. La niña aumentó de peso. Aceptaba la leche materna hasta el punto de no pedir prestados más baberos a su cuñada. Era la alegría de la casa. Doña Juana, la abuela, la acercó a la vivienda de Doña Pilar, la curandera del barrio. Le rezó un par de rosarios y una bendición. «El mal de ojo se le ha quitado, hija», aseguró su suegra. Lo cierto es que la criatura, Rosario, dormía como una bendita. Las noches eran serenas. Sus moradores, por fin, podían refugiarse en sus sueños sin miedo a ser despertados. A Ramón no le convenció que aquel ritual fuera la causa principal de la desaparición de los llantos. Los hilos de San Blas y la imagen del Santo habían resultado eficaces. Asimismo, fue elegido en las elecciones sindicales que se celebraron en febrero y donde él, sin mucho convencimiento, se había presentado. Su compadre Manolo parecía estar más contento que él. «Este cargo sólo ha conseguido aflojarme la barriga», le replicaba Ramón. Pero hoy era miércoles de ceniza y quería terminar lo que había empezado. Quemar los hilos para reducirlos a cenizas y con ello finalizar la ofrenda. Con las estampitas resolvió hacer lo mismo, pero enseguida decidió guardar una de ellas junto a la foto de la niña. «Quizás aún necesite el amparo del venerado obispo», presentía el padre. Se la guardó en la cartera en ese momento para colocarla aquella misma noche en la cómoda del dormitorio, donde estaban las demás fotos familiares.

### **Abril de 2009**

La sala de estudios de la Facultad de Geografía e Historia volvía a estar completamente saturada de estudiantes. Los exámenes finales eran la razón. Sofía, ya veterana en estas contiendas, solía venir muy temprano a pillar sitio, aunque esa semana tenía un humor de perros. El mes y medio de desplazamiento al Pozo de las Brujas le había cobrado factura. No sólo su cuerpo se declaraba en rebeldía debido a las prolongadas horas de trabajo de campo sino que además, aquellos esqueletos inertes, que iban apareciendo a medida que el cepillo apartaba capas de polvo, cal y escombros, la sumergían en un profundo desconcierto. Asumía crudamente la piedad que le transmitían esos vestigios. Tibias, peronés, fémures, costillas, mandíbulas, cráneos perforados, se paseaban entre bolsas de plásticos numeradas y clasificadas. Cadáveres al descubierto. Todas las muestras debían pasar por el Laboratorio de Genética Forense de la Universidad para contrastarlos con los presuntos

descendientes. Padecía el sueño del sepulturero, recogiendo hueso tras hueso para formar una montaña de estos dentro de un habitáculo lleno de osamentas y cráneos. Paredes repletas de calaveras y costillas. Un Osorio sagrado. Su carácter, siempre afable y jovial, se aplacó y se volvió opaco. Necesitaba respirar otra vez el ambiente estudiantil. Los exámenes, que en otro momento podían estresarla hasta retrasar su ovulación, ahora representaban un alivio. Lo anhelaba. A medida que trascurriese la mañana todo volvería a lo rutinario. Después de unas horas de estudio y saltarse un par de clases, había quedado con sus amigas de toda la vida en la cafetería de la Facultad. Seguramente el lugar donde acontecía la mayor parte del tiempo universitario.

Rosa, la madre de Sofía, le preparó aquel día un potaje de berros aderezado con queso tierno. Ella estaba algo preocupada por el esfuerzo que su hija había realizado en esas *dichosas prácticas*. La relación madre-hija siempre fue muy estrecha. Las confidencias entre ellas eran muy frecuentes, si bien *la niña* silenciaba los repertorios amorosos. «¿Dónde has estado hoy, Mami? Te he llamado pero no has cogido el teléfono». «He ido al cementerio, hija, a acicalar un poco la lápida de tu abuela y colocarle un ramo de flores. Hoy cumple cinco años de fallecida». «¿No será por lo que te dicho últimamente? Esos cadáveres me han consternado». «No lo creo. Simplemente es una forma de evocar a los seres queridos cuando sientes que se alejan en tu memoria. Por cierto, cada vez que veo tu foto de cría, la que está en el salón, es ver a tu abuela a la misma edad. Eras idéntica cuando te cogía en mis brazos». «Ya lo sé, Mamá, me lo has dicho muchísimas veces». Sofía, entre tanto, había devorado el plato de berros y el queso. Rosa, complacida, sintió que sus preocupaciones se diluían sin darse cuenta.

### **20 de julio de 1936**

El semblante de María mostraba dolor e inquietud. Esa tarde su vecina Dolores le tocó en la puerta para decirle que su marido había sido detenido por unos milicianos con camisas azules. Hacía dos días que Canarias estaba en Estado de Guerra. El aparato gubernativo se puso a disposición de los sublevados. Falangistas, Ejército y Cuerpos de Seguridad detenían a todo aquel que barruntase republicanismo. Los compañeros de trabajo de Ramón no sabían responderle. Además, el miedo les paralizaba de tal forma que todo eran evasivas sobre su apresamiento. Nadie conocía el paradero de Manolo, el compadre de Ramón. Comenzaron a originarse rumores de ejecuciones sumarias, si bien los supuestos cadáveres no aparecían. María finalmente supo, gracias a un guardia urbano, que había sido llevado a un improvisado campo de retención en la Isleta. Tardó casi un mes en poder verlo y hablar con él. Sólo un cuarto de hora le concedieron. Su aspecto era lamentable. Un hombre distinto, famélico, desaliñado, afligido. Lo pudo reconocer por su tono de voz, penetrante como siempre. Le preguntó por los niños - «Todos bien Ramón. ¿Cuándo saldrás de aquí?». «Pronto», le contestó secamente

Ramón. «María, no sé decirte adiós sin lastimarte». Sus ojos se humedecieron. «Sé fuerte». María lo examinó detenidamente sin preguntarle más. «Toma, Ramón. Quiero que te quedes con la foto de la niña. Es la del bautizo. Ha quedado preciosa con su *trajito*». Fue la última vez que lo vio.

### **Junio de 2009**

Don Francisco se sentía satisfecho. Los trabajos en el Pozo estaban concluyendo. Se habían extraído nueve cadáveres completos, además de restos personales: zapatos, medallas, monedas, un monedero, botones..., hasta alambres, supuestamente utilizados para maniatarlos. También munición de fuego de pequeño calibre: balas y casquillos. El profesor, su currículo universitario y profesional lo avalaban, había desarrollado desde las primeras fases de prospección una tarea excelente. Los arqueólogos y becarios a su mando se sentían arropados. Desde el principio estuvo claro que ese pozo custodiaba una crónica silenciada. Él y su equipo rescatarían la evidencia. Quiso que Sofía continuase hasta las últimas fases de la excavación aunque aquello trastocara los estudios de la joven. Veía en ella no sólo un discípulo aventajado sino una muchacha perseverante en lo que se proponía, siempre animando al equipo cuando el esfuerzo se tornaba en pura rutina.

Esa jornada de junio, con un cielo raso y limpio de nubes, la luz solar apremiando sin caridad, Sofía, junto con su compañero Adrián, becario igual que ella, ignoraban el espléndido día bajo los focos que iluminan el interior de pozo. Su tutor les había especificado que hiciesen un trabajo de rastreo en dos jornadas para dejar definitivamente concluida la excavación. Eran los últimos componentes de aquel grupo inicial. «¿Qué te parece si le decimos a los operarios que ya hemos terminado y nos suben de esta cloaca? Quisiera quitarme de una vez toda esta tierra de encima», comentó Adrián a Sofía. - «Vete tú si quieres. Yo voy a darle un poco con el palustre a aquel rincón. Es el único sitio donde no han examinado los estratos inferiores», comentó Sofía. «Seguro que vamos a perder el tiempo Sofi. Lo que encontrarás será algún resto de australopitecos guanches y mi beca no da para tanto. Pero te echaré una mano. Quizás mejore mi clasificación de tíos apetecibles en tu Facebook». Debido a la humedad de aquel trozo de tierra, la excavación fue más accesible. Sus caras, de color cobrizo oscuro, recordaban unos mineros en un buen día de faena. Después de dos horas intensas empezaron aparecer restos humanos, pero mejor conservados que los precedentes. El dossier del trabajo arqueológico reflejaría escuetamente: diez cadáveres localizados.

### **Junio de 1937**

Los vecinos de los alrededores ya estaban acostumbrados a oír ruidos de camiones bien entrada la noche, donde la oscuridad era la protagonista principal, rota por los destellos que infligían los faros y también por resplandores fugaces que sucedían al poco tiempo de ocultarse. El destino eran unos pozos de prospección que

los agricultores abandonaron hacía tiempo por carecer de agua para regar. Ramón, esa noche de junio, iba junto a otros dos presos en uno de aquellos *transportes*. Había soportado más de un año de internamiento donde el hambre, la enfermedad y el miedo habían devorado a muchos de sus compañeros de reclusión y aflicción. Le corroía la privación del cariño y ternura de sus seres queridos. Recordarlos era todo un esfuerzo. A veces los veía sin pretenderlo para desvanecerse rápidamente. Otras no conseguía percibirlos en su mente. Últimamente recurría a la foto que le ofreció su mujer la última vez que habló con ella. Todavía conservaba la *estampita* de San Blas, bastante estropeada, pero junto con la fotografía de la niña había conseguido guardarlas en un falso bolsillo de su roído atuendo.

Casi no podían mantenerse en pie. Los baches de aquella carretera desierta enloquecían a Ramón y a sus compañeros de viaje. Presentían cruelmente sus destinos. Los *paseos nocturnos* comenzaron a primeros de año. Les llamaban por su nombre y apellidos en plena noche cuando los reclusos iban a dormir a los improvisados barracones. Milicianos falangistas y algún oficial militar hacían de escoltas a los elegidos. Los introducían en las camionetas para una travesía sin retorno. Ramón empezó a percibir un nauseabundo hedor a orines y descomposición en pleno trayecto. Se miraron los tres intentando buscar consuelo donde no lo había. Los sollozos y gemidos de sus compañeros le producían a Ramón más rabia que angustia. «¡Que no pare, por Dios!», susurró Ramón. De repente, tras varias maniobras extrañas, la camioneta paró en seco. El miliciano que los escoltaba les obligó a bajarse. Los empujó hacia los focos del vehículo. Los tres reos se dieron cuenta de que justo delante de ellos, entre matorrales, se abría la negra boca de un pozo. Otro de los falangistas, surgido de la cabina del conductor, ayudó a su compañero a alinearlos de tal manera que le diesen la espalda. Ramón experimentó un frío que le lastimaba. «¡Venga cojones, que no tenemos toda la noche!». Ramón reconoció perfectamente aquella voz áspera. «¡Ponedlos de rodillas, joder!». Gritos y súplicas estallaron en la noche. Ésta no prestó atención. Ramón no resolló, solo giró la cabeza para verlo. «No te voy a rogar, compadre. Apunta bien». Sus palabras, trémulas, penetraron de tal manera que el silencio se apoderó de aquel paraje. Manolo, impecablemente uniformado, sacó de su cartuchera una pistola, la acercó al cráneo de Ramón y disparó. Le siguieron dos disparos más.

Aquel pozo fue llamado “*el Pozo de las Brujas*”. Los vecinos del pueblo culpaban a las brujas de la comarca, amparadas en la oscuridad, de ser las causantes de aquellos fenómenos luminosos alimentados por lamentos ensordecedores.

**Junio 2009**

Podía decirse que Sofía ya era una ayudante experimentada en su reciente oficio. Había utilizado herramientas para desvelar los secretos ocultos de ese pozo. Sus espátulas, su pequeña piqueta, su palustrilla, sus distintas brochas y cepillos para limpieza del terreno, su balde de plástico y sus espléndidas manos, ahora algo callosas, iban logrando hechos, resultados, certezas que transformarían la vida de alguien o modificarían las palabras de los libros de historia. Este era su instante. No sabía el porqué, pero esta tarea de despojos había logrado una toma de contacto con el pasado y se percató de que era tan real como el presente, tan vivo como el momento.

Lo primero que Sofía sacó a la luz, sorprendentemente, no fueron restos óseos sino prendas de vestir muy deterioradas. Su intuición no le estaba engañando. Ese trozo de terreno, hasta el momento sin rastrear, era propicio para conservar cierto tipo de materiales. En ninguno de los cuerpos extraídos con anterioridad había conseguido algún tipo de vestimenta. El entusiasmo de Adrián era evidente. Tenía entre sus manos una alpargata con suela. «¿No te dije que encontraríamos algún antepasado guanche?», comentó con cierto sarcasmo. Volvieron a relucir las piezas óseas de un esqueleto completo. Como los restantes, el cráneo aparecía perforado por un agujero de entrada en la parte occipital. El estrato favorecía la tarea de extracción. Sofía dejó que Adrián siguiese descubriendo lo que restaba. Ella se dedicó clasificar lo obtenido hasta el momento. Apartó los restos humanos y se centró en las vestimentas. Inesperadamente percibió lo que se semejaba a unos calzones. Guardaba en su interior un bolsillo cosido expresamente para cobijar algo que se deseara ocultar. Su brocha limpió pacientemente la tela. Introdujo instintivamente los dedos en el pequeño bolsillo. No se explicaba que después de setenta años pudiese albergar cualquier objeto. Entre sus manos sostenía lo que parecía ser una estampa de algún santo que no reconocía y una foto mugrienta aunque perfectamente visible. Le dio la vuelta a la estampa y leyó lo que ponía. Adrián se percató de que algo le pasaba a Sofía cuando notó que su cuerpo cedía hasta perder el equilibrio. - «¿Qué te pasa, Sofi?». «He descubierto el eslabón perdido», respondió afligida. Adrián la examinó. Vio que su cara palidecía, aferrada a lo que parecía ser una foto antigua de un bebé y una imagen marchita. Le ayudó a estar más cómoda sujetándole aquellas pertenencias. Echó una ojeada a sus dorsos. Mostraban una caligrafía algo tosca e ingenua.

### **Epílogo**

Adrián leyó escuetamente lo que ponía a lápiz:

*La imagen: Rosario, tu madre y yo esperamos que el Santo te proteja. Tu padre que te adora. Marzo de 1936.*

*La fotografía: Bautizo de Rosario Suárez. Mayo de 1936. Mi cariño por vosotros es más fuerte que el miedo a que me maten. Vuestro padre Ramón.*

Sofía comprendió que la niña de esa foto era su abuela. Doña Rosario Suárez Santana.